

EL ROMPEHIELOS SOVIÉTICO<sup>1</sup>

Vale la pena recordar que, durante aproximadamente cinco décadas a partir de la Revolución Bolchevique, la Rusia moderna se convirtió prácticamente en una *terra incognita* para los historiadores profesionales occidentales. En Estados Unidos en particular, el campo se restringió a los especialistas en ciencias políticas, los denominados soviétólogos o kremlinólogos, mientras que los departamentos de historia universitarios se contentaban con estudiar la Rusia anterior a Pedro I o la Rusia imperial. Memorables contribuciones a nuestro conocimiento del periodo posrevolucionario llegaron, por el contrario, de figuras excepcionales como el prolífico ex diplomático Edward Hallett Carr, o el socialista disidente Isaac Deutscher.

Es interesante que los dos primeros grandes eruditos que rompieron la barrera de 1917 e iniciaron el estudio histórico del socialismo soviético no fueran estadounidenses ni británicos, sino un refugiado de Polonia y de la URSS, Moshe Lewin, y una australiana de una destacada familia de izquierdas, Sheila Fitzpatrick. Cada uno a su manera, y muy alejados entre sí, dieron forma a la floreciente generación de historiadores sociales de la Unión Soviética que poblaron la profesión en los pasados treinta años. Ambos criticaron los modelos dominantes de la Guerra Fría, principalmente el totalitarismo, que orientaba a los investigadores hacia las alturas políticas del Estado soviético y los alejaba de la experiencia de los actores sociales comunes o incluso bien situados. Al tiempo que producía sus propios estudios empíricos sobre la administración, la cultura y la vida diaria, Fitzpatrick formó a una cohorte de estudiantes que buceó en los archivos soviéticos a medida que éstos se iban abriendo. El legado de Lewin se estableció en una serie de obras originales de las que fluyeron formulaciones conceptuales audaces sobre los grandes procesos y patrones de la transformación social soviética. Por tomar la metáfora de Tolstoi, más tarde apropiada por Berlin, él fue el puercoespín, ella el zorro.

Lewin nació en 1921 en Vilna, entonces recientemente incorporada a la Polonia de Pilsudski, y se convirtió en un joven sionista socialista dentro

---

<sup>1</sup> Moshe LEWIN, *The Soviet Century*, Londres y Nueva York, Verso, 2005, 416 pp.

de la comunidad judía de la ciudad, una de las más dinámicas de Europa desde el punto de vista intelectual. En 1941 lo salvaron de las tropas nazis que avanzaban sobre la ciudad soldados campesinos del Ejército Rojo que, desobedeciendo a sus superiores, lo subieron a su camión cuando se retiraban hacia el este. Lewin pasó la guerra en la Unión Soviética, trabajando en una granja colectiva, en una mina y en una fábrica, antes de entrar en la academia militar de Kiev, donde se convirtió en oficial del Ejército Rojo. Así, equipado con un conjunto de experiencias inigualables para un futuro historiador occidental de la URSS, Lewin volvió a Polonia y después, en 1951, emigró a Israel, donde trabajó en un kibbutz y estudió en la Universidad de Tel Aviv.

Descontento con la dirección tomada por el Estado israelí, se trasladó a la Sorbona en 1961. En París se dejó influir profundamente por la escuela histórica social de *Annales* y por su amigo el sociólogo Basile Kerblay. Lewin siempre se consideró un «historiador de la sociedad», no simplemente de un régimen. «No es un Estado el que tiene una sociedad, sino una sociedad la que tiene un Estado», decía. Su libro *Russian Peasants and Soviet Power*, publicado en francés [*La paysannerie et le pouvoir soviétique*] en 1966 y en inglés dos años después, fue el primer estudio empírico sobre la colectivización que apareció en Occidente. En 1967, *El último combate de Lenin* ofrecía un estudio innovador sobre el líder bolchevique, en completo contraste con la caricatura de la Guerra Fría, que lo presentaba como un déspota hambriento de poder, y con la ortodoxia comunista. Basándose en material que se había publicado hacía poco bajo el mandato de Jruschov –sobre todo, el dietario de los secretarios de Lenin para el invierno de 1922-1923, cuando él yacía semiparalizado por los ictus en una pequeña habitación de su apartamento del Kremlin–, Lewin proporciona una imagen detallada de las ansiedades que a Lenin le producía la dirección hacia la que avanzaba el régimen experimental, sobre todo respecto a las propuestas de Stalin sobre la política de nacionalidades en la naciente Unión Soviética, y de su desesperada batalla final para conseguir revertirlas. En lugar de trazar una línea determinista desde el leninismo –o, de hecho, desde el marxismo– hasta el estalinismo, Lewin veía contingencias y decisiones, además de estructuras sociales profundas, que condujeron a aquello en lo que se convirtió la Unión Soviética. Puso en entredicho la opinión monofónica que veía al bolchevismo como una sola ideología homogénea, de la que el régimen podía derivar con resolución sus fórmulas futuras. El testamento de Lenin demostraba que dentro del propio bolchevismo había alternativas al estalinismo.

Además, la obra de Lewin combinaba el alcance de la historia social y una lectura detallada de las fuentes con la atención a la política real, incluso a los estudios de carácter –«la personalidad de los líderes es un buen indicador de la salud del sistema», como él comenta aquí– sin permitir que ningún elemento se quedara aislado. En 1974, *Political Currents in Soviet Economic Debates* se saltó nuevamente los estereotipos de ambos bandos de la Guerra Fría mediante un detallado estudio de los debates sobre las reformas de

Kosigin. En 1978 se trasladó a la Universidad de Pennsylvania, donde él y su compañero Alfred Rieber organizaron una serie de seminarios que hicieron que una generación de historiadores más jóvenes se interesara por el periodo posterior a 1917. Los influyentes ensayos de su obra maestra, publicada en 1985, *The Making of the Soviet System*, consiguieron nuevamente captar los grandes procesos sociales con expresiones sucintas y mordaces: «sociedad de arenas movedizas»; «el efecto de contaminación» sobre el Estado; la superestructura que se precipita por delante de la base social; la burocracia estalinista, una «clase gobernante sin titularidad».

Muchos de estos temas se ponen al día y se elaboran en el libro más reciente de Lewin, *The Soviet Century*, y la lectura cuidadosa proporciona un argumento sintético sobre el curso de la historia rusa y soviética del siglo xx. Nuevamente, Lewin proporciona un poderoso antídoto contra la historia occidental dominante y contra la narrativa emergente en la Rusia actual. Producto de la intensa investigación archivística de Lewin en el Moscú postsoviético, el libro adopta la forma de tríptico. Los primeros doce capítulos se centran en el desarrollo del «régimen y su psique» en las décadas de 1920 y 1930; se basan en documentos publicados e inéditos de los Archivos Estatales y Centrales y ofrece un agudo retrato del abismo cultural que separaba a Stalin de la mayoría de los dirigentes bolcheviques, exiliados en las capitales de Europa occidental en el periodo anterior a 1917 y participantes activos en los debates de la Internacional Socialista. Tiene, como siempre, una vista aguda para el detalle que ilumina la «paranoia sistémica» del estalinismo: el modo de pensar que exige, siempre que algo va mal, «encontrar y castigar severamente al culpable».

Pero la psicología del régimen y de su líder se introduce firmemente en el paisaje que Lewin había descrito en *The Making of the Soviet System*: el de un flujo social intenso, una industrialización y una urbanización precipitadas dentro de un país abrumadoramente agrario y asolado por la guerra. Fundamental para el curso del «siglo soviético», sostiene Lewin, es «la colisión entre la sociedad industrial en desarrollo y la reacción –o falta de reacción– del campesinado, así como el impacto que esta compleja mezcla tuvo sobre el régimen político». Coaccionada por el Estado modernizador para que abandonara el estilo de vida que había mantenido durante siglos, la población rural «se vengó, por así decirlo, obligando al régimen a endurecer aún más su ya de por sí imponente maquinaria represiva administrativa» como único medio por el cual podía extraer lo que las ciudades exigían a la agricultura del país. Los campesinos podían resistirse con violencia, como en las luchas contra la colectivización de comienzos de la década de 1930; más a menudo, encontraron maneras de reafirmar los patrones de sus tradiciones aldeanas tanto en ámbitos rurales como urbanos. Implicado en la guerra social con importantes componentes de la población, el terror estalinista se volvió parte de la turbulencia política de la década, no una solución a la misma.

Lewin proporciona un cuidadoso estudio de la documentación sobre las Grandes Purgas de 1937-1938, en las que cientos de miles de personas fue-

ron ejecutadas y números similares exiliados o encarcelados en el Gulag. Basándose en particular en investigaciones de la NKVD y del Comité Central, Lewin demuestra que el número de penas de muerte de esos años fue completamente excepcional; incluso en el punto culminante de la represión de posguerra, las cifras anuales nunca superaron las 3.000. Con esto no se desea reducir los crímenes de Stalin, entre ellos la masacre del cuerpo de oficiales y la ejecución del mariscal Tujachevski en el preciso momento en el que debería haberse intensificado la preparación para la defensa nacional. Si en último término la industrialización forzosa impidió la victoria nazi, la ejecución sistemática de miembros del partido, intelectuales, técnicos y soldados por parte de Stalin llevó al país al borde del colapso.

En este periodo asolado por la crisis, sostiene Lewin, «chocan las épocas»: los estratos y los fenómenos sociales de siglos anteriores colisionan y coexisten con las fuerzas emergentes. Resalta nuevamente la base abrumadoramente rural de la población hasta incluso el periodo de posguerra, y califica al régimen estalinista de despotismo agrario desarrollista, cuya fuerza motriz era la industrialización: una amalgama que inevitablemente provocaría su propia forma política superflua, pero que inicialmente sirvió para fortalecer el gobierno personal del déspota. El estalinismo tardío, el periodo que transcurre entre la Segunda Guerra Mundial y la muerte del dictador en 1953, tuvo su propia dinámica, aspectos del régimen que los investigadores no han empezado a iluminar hasta ahora. El nuevo margen vital conseguido por la victoria sobre el fascismo no cambió las tendencias generales de deterioro interno, ya evidentes antes de la guerra: baja productividad, atrofia política, corrupción. Lewin sostiene que la principal causa del deterioro radica en las contradicciones internas del régimen: «Sus rasgos absolutistas, apropiados para otra época, eran profundamente incompatibles con los efectos de una industrialización forzosa en respuesta a los retos de los nuevos tiempos». Como medida defensiva contra la tendencia de la burocracia a «normalizarse» en el periodo de posguerra, Stalin intensificó la represión y adoptó una ideología de nacionalismo de «gran potencia», con muchos atributos del zarismo.

¿Por qué tuvo en sí mismo tanto éxito el culto a Stalin? Lewin cita la satisfacción objetiva de la burocracia con el logro de la categoría de potencia mundial y con la industrialización; sin resaltarlo en exceso, reconoce que se aprovechó la religiosidad de los campesinos y su adoración de los iconos. Pero también sostiene, basándose en su propia experiencia en la Unión Soviética de la época de guerra, que muchos sencillamente ignoraban los horrores perpetrados y no concebirían que el Estado estuviera dirigido por un líder que se inventaba enemigos y masacraba inocentes. ¿Cómo pudo reconciliarse esa imagen con el discurso que él recuerda haber oído en la radio siendo un joven trabajador soviético, cuando empezó la invasión nazi: «Hermanos y hermanas, me dirijo a vosotros, amigos míos. Han venido a esclavizar a nuestra madre patria, pero en nuestro suelo habrá otro gran día sagrado?»

La segunda parte de *The Soviet Century*, «New Regime to New Impasse» (Un nuevo régimen para una nueva parálisis), examina las contradicciones de la

era posestalinista. Basándose en los informes del fiscal general sobre el sistema penal de la época de Jruschov y en otras fuentes, Lewin demuestra que el mundo del Gulag, construido sobre la gratuidad de la mano de obra, demostró ser una carga ineficaz para el régimen durante los últimos años de Stalin. Se introdujeron salarios modestos y otras reformas y se convirtió a los presos en asalariados. Dichos cambios se aceleraron después de 1953, cuando en esencia se abolió el Gulag como imperio de trabajo forzoso. *El archipiélago Gulag* de Solzhenitsin, señala Lewin, se escribió y se publicó algo después de que se desmantelara el régimen que describe.

Al mismo tiempo, sostiene, la «desestalinización» de los trabajadores condujo a la aparición de la negociación salarial *de facto*, mientras que la caída de las tasas de crecimiento y la escasez de mano de obra se exacerbó por los obstáculos causados por la burocracia crecientemente inflada e interesada. Usando informes del Comité Central y del Cosplan, describe la «autoemancipación de la burocracia» en la época posterior a Stalin, cuando la autocracia se convirtió en una oligarquía con un «cuasimonopolio sobre todos los cargos de poder estratégicos», de forma que el despotismo agrario se transformó en una nueva forma de absolutismo burocrático. El régimen se mantuvo desastrosamente sobredimensionado en las esferas directivas; las estadísticas de los archivos revelan el crecimiento parasitario de la *nomenklatura*, tanto en tamaño como en su sentimiento de seguridad y privilegio, a medida que el gobierno por dictado era sustituido por un complejo proceso de coordinación y negociación interburocrática que finalmente paralizó la voluntad política. Retratos agudamente trazados de Gromiko, Jruschov, Mikoyan, Kosiguin y Andropov revelan algunas de las energías que todavía se esforzaban por introducir reformas contra la capa cada vez más espesa de paralización y corrupción. Pero cuando Brézhnev murió en 1982, sugiere Lewin, la «formación de verdaderos feudos dentro de los ministerios, y además la privatización de hecho de las empresas por sus gerentes» había conducido a la cristalización de un protocapitalismo dentro de la economía de propiedad estatal». Mientras tanto, la economía sumergida se había multiplicado por dieciocho entre 1960 y 1990.

La tercera parte del tríptico, «Russia in Historical Context» (Rusia en el contexto histórico), proporciona una visión general sobre el breve siglo soviético, un intento de aclarar «cómo era realmente el sistema soviético, cómo evolucionó [...] y dónde debe situarse en el mapa de los sistemas políticos». La práctica de «sobrestalinizar» la historia soviética, ampliando las características de las décadas de Stalin hacia atrás, a 1917, y hacia delante, a la era de Brezhnev, es útil para diversos fines, «pero no para la investigación histórica». Nuevamente, insiste en una clara periodización de la experiencia soviética. El bolchevismo «intentó mantener el carácter popular del Estado en ciernes y excluía cualquier afinidad regresiva con anteriores formas de despotismo». La discusión de los asuntos, al menos dentro del partido, era constante e intensa. Era posible imponerse sobre Lenin, el «máximo dirigente del partido, no su propietario», que se resistía a cualquier culto a la personalidad. La apuesta leninista –que la toma

del poder en Rusia encendería la revolución en el extranjero, con cuya ayuda podrían darse los primeros pasos hacia la construcción del socialismo en un país rural— fracasó, por supuesto. Que Rusia no estaba lista para ninguna forma de socialismo marxista era «una verdad evidente para cualquier marxista», señala Lewin. «Devastada, Rusia no era apta para la democracia tal como la entendía Miliukov [el líder de los liberales], ni para el socialismo, como muy bien sabían Lenin y Trotski.»

El estalinismo, por su parte, era «un Estado modernizador no moderno», basado en el amedrentamiento de la población, en el fin del debate político y de la disensión, y en «la servidumbre de la población». El PCUS pasó de partido con una vida política interna, que discutía políticas y programas, a ser una «herramienta obediente» de la minoría gobernante, «transformado en un aparato burocrático, y tratado como tal; es decir, con considerable desdén». La domesticación del partido, y la subordinación de la policía al propio Stalin, creó una máquina de guerra estatal dispuesta a batallar contra cualquier señal de desvío de la población. Cuanto más crecía el aparato represivo, más tumulto y oposición causaba desde abajo, y más lo temía. Esta «paranoia sistémica» se debió a la precariedad real del poder de la elite gobernante. Sus dudas y ansiedades fomentaron la delegación del poder en un miembro que parecía poseer la crueldad que el momento exigía. En esta fase «el gobernante supremo confundió su propia seguridad con la del país y percibió cada fallo como una culpa que había que castigar». El estalinismo estaba lleno de irracionalidad. Sus formas de microgestión, sostiene Lewin, llevaron al Estado «a asumir una enormidad de tareas que a menudo sencillamente no resulta factible. El sistema sufre entonces una patología de “hipercentralización”». Sin embargo, incluso el dueño y señor se vio obstaculizado por «las tendencias y los cambios sociales, el desgaste institucional y las estructuras psicológicas y culturales» que ningún ejercicio de la voluntad podía eliminar por sí solo.

Los intentos de reforma en la época posterior a Stalin se hundieron en la parálisis burocrática. Las paradojas de una economía enfermiza que soportaba una burocracia floreciente, la inversión creciente combinada con el crecimiento menguante, y el aumento de la población preparada excluida por el régimen, crearon una verdadera «fórmula mágica para la descomposición del sistema», sostiene Lewin. Además, la carrera armamentística de la Guerra Fría perpetuó los peores rasgos del sistema, los «más conservadores», además de trasladar aproximadamente el 40 por 100 de la inversión de capital hacia el sector defensivo. Estados Unidos sustituyó a las potencias europeas como vara de medir con la que los líderes soviéticos comparaban sus logros, y finalmente «intentar conseguir los favores de Estados Unidos» se convirtió en su estrategia principal. «El régimen no fue derribado: murió después de agotar sus recursos internos y se hundió bajo su propio peso; un caso especial en la historia de la caída de los imperios.»

Como conclusión, Lewin cita un devastador informe de los sociólogos T. I. Zaslavskaia y Z. I. Kalugina sobre el deterioro de los niveles sociales y

culturales en Rusia desde comienzos de la década de 1990. Cada vez menos personas van al teatro, a los conciertos o a las bibliotecas; las suscripciones a periódicos y la lectura de obras literarias están descendiendo; ver la televisión se ha convertido en la actividad de ocio dominante, mientras que el propio tiempo de ocio ha disminuido drásticamente. Zaslavskaja y Kalugina sostienen que se están dando dos procesos: «Una estratificación social cada vez más profunda, y el repliegue de los individuos sobre sí mismos», con menos contactos sociales o familiares, y la falta de interés por la cultura y la política; una evolución especialmente marcada en ciudades de provincia y en el campo. Aparte de esta anomia existe, como señala Lewin, un deterioro aún más profundo de la investigación científica, la educación, los servicios médicos y sociales, por no mencionar el catastrófico descenso de los indicadores demográficos.

Si el tema dominante del libro es la lamentación de que no se pudiera realizar la promesa inicial de la revolución, el texto no presenta ningún sentimentalismo respecto a la realidad del sistema soviético. No fue capitalista, ya que la propiedad de la economía y de los activos nacionales estaba en manos del Estado, pero tampoco fue socialista, porque el socialismo supone la «propiedad de los medios de producción en manos de la sociedad, no de una burocracia». Para Lewin, el socialismo «siempre se ha concebido como una profundización –no un rechazo– de la democracia política».

Menos pulido que sus libros anteriores, el libro más reciente de Lewin no siempre resulta fácil de leer: algunos de los capítulos saltan de un tema a otro, y el autor da por supuesto que se conocen los contornos básicos de la historia soviética. Basado como está en una vida de lectura, análisis y experiencia, el libro menosprecia las convenciones usuales de detalladas notas a pie de página y referencias a la bibliografía existente. Al considerar la trayectoria general de la Unión Soviética sería útil un enfoque más comparativo. En *The Making of the Soviet System*, Lewin había comparado el aislamiento bolchevique respecto a la masa de campesinos en 1921 con la situación de 1949, pero en este libro no se establecen paralelismos entre el hundimiento del régimen soviético y la remodelación del PCC. Y tampoco considera la dinámica del bloque Comecon en la posguerra, y sus efectos sobre el imperio soviético.

Pero en algunos aspectos importantes, *The Soviet Century* puede leerse como un correctivo necesario para una generación de historiadores post-soviéticos que han intentado proclamarse independientes de los conflictos ideológicos de la Guerra Fría. El compromiso de Lewin con las grandes cuestiones de transformación social implica inevitablemente evaluar si vale la pena emprender dicho esfuerzo. Los valores son primos hermanos hasta de la escritura histórica más neutral y aparentemente objetiva, y es una ingenuidad y un orgullo desmedido pensar que la interpretación social puede liberarse de la ideología en el sentido más amplio. Lewin acaba con una lacerante denuncia de quienes en la actualidad ocupan el poder –*nomenklatura* rebautizada de «reformadores»– que «no contentos con saquear y derrochar la riqueza del país, también han lanzado

un asalto frontal contra su pasado, dirigido contra su cultura, su identidad y su vitalidad». La campaña contra la era soviética fue:

acompañada por una especie de frenética compra de pasados alternativos que ofrecer a la nación. Empezó con una completa readopción de todo lo zarista y prerrevolucionario. Después, cuando el rechazo a lo soviético se intensificó aún más [...] se intentó rehabilitar a los Blancos, el ala más reaccionaria del espectro político zarista, que perdió la Guerra civil precisamente porque no tenía nada que ofrecer al país.

Contra tales huidas, que nuevamente convertirían a la Unión Soviética en *terra incognita*, Lewin sostiene que un país no puede existir sin su historia. Cita al filósofo político V. P. Mezhev: «Si condenamos las revoluciones, deberíamos condenar entonces prácticamente toda la historia rusa, porque proporcionó el terreno para estos sucesos revolucionarios». La obra más reciente de Lewin ofrece un resuelto estudio sobre los resultados de ese proceso revolucionario, y sobre el alto precio pagado por construir una nueva sociedad en las tierras soviéticas.